

LA PRENSA POLÍTICA: *SUD-AMÉRICA, 1884-1892**

*Tim Duncan***

Resumen

Diarios representando diversos intereses políticos proliferaron en Argentina a fines del s. XIX. *Sud-América*, el diario Juarista fundado por Carlos Pellegrini y Paul Groussac en 1884, fue uno de casi una docena de periódicos, publicados en Buenos Aires en la década de 1880. Su buena salud y desarrollo nos proveen una corrección a la visión de que los resultados políticos de la época de alguna manera estaban fijos. Al contrario, nos ilustran cómo la opinión pública gobernaba la arena política, donde la carrera era pareja y en muchos aspectos transparente.

Abstract

Daily newspapers representing factional political interests thrived in late nineteenth century Argentina. *Sud-America*, the Juarista political daily founded by Carlos Pellegrini and Paul Groussac in 1884, was one of nearly a dozen in Buenos Aires alone in the 1880s. Their health and proliferation

* Este artículo fue publicado originalmente en Gustavo Ferrari y Ezequiel Gallo (compiladores) (1980): *La Argentina del Ochenta al Centenario*, Buenos Aires: Editorial Sud-americana, pp. 761-783. El autor quiere agradecer el apoyo de la Universidad de Melbourne y del Instituto Torcuato Di Tella que le permitieron visitar la Argentina en 1978. Quiere agradecer, en particular al doctor John Fogarty y al doctor Ezequiel Gallo, y también al doctor Gustavo Ferrari, doctor Natalio Botana, doctora Francis Korn y profesor Geoffrey Blainey. Traducción de Francis Korn.

** Graduado en la Universidad de Melbourne. Investigador bajo la dirección de Ezequiel Gallo en el Instituto Torcuato Di Tella (1977-1980). Co-autor de "Australia and Argentina: On Parallel Paths". Consultor en comunicaciones financieras. tduncan@hinton.com.au

provide a corrective to the view that political outcomes of the era were somehow fixed: rather, they tell us that public opinion ruled the political arena, where the contest was close and in many ways transparent.

He leído que Bismarck suele mirar con glacial indiferencia los ataques de la prensa, sin rehusar refutarlos por eso cuando cree llegado el caso. Por esta razón, le recuerdo que no abandone el propósito de tener un diario propio. Su utilidad es indiscutible y la empresa es fácil, porque hay muchísima gente dispuesta a dar dinero para eso. Un diario para un hombre público es como un cuchillo para el gancho pendenciero: debe tenerse siempre a mano.

Ramón Cárcano, 1883

Si *Sud-América* fue alguna vez el orgulloso portavoz de una máquina política, se ha convertido con el tiempo en una fuente de enorme valor histórico.¹ Su colección constituye el único testimonio completo del surgimiento y la caída del gobierno juarista narrado por sus principales actores.² Su valor, por otra parte, no sólo reside en el hecho de que el calibre de sus editores y colaboradores fue tan alto como parejo, sino en que, por sobre todo, *Sud-América* es la expresión más lograda de una versión optimista de su propia época.³ La década de 1880 nació buena y *Sud-América* cuidó de que así fuese apreciada.

Lo que sigue es un intento de explotar a *Sud-América* como fuente histórica desde tres diferentes enfoques. En el primero se tratará de caracterizar al periódico dentro de lo que definimos como “diario político”. En el segundo se analizará su contenido con cierto detalle. En el último, se tratará de situar a *Sud-América* y a sus competidores dentro del sistema político argentino de hace un siglo. Los resultados, especialmente en esta última parte, son incompletos y quizá pequen de impresionistas, pero la celebración del Centenario de un gran acontecimiento nos pareció un buen fondo para rever algunas viejas ideas.

I

“La República tiene como peculiaridades sus grandes ríos, su inmensa pampa, su cielo precioso, sus elevadas montañas y su general Mitre. Produce papas, maíz, toda clase de cereales, vacas e historias de San Martín.”⁴ Este agudo sentido del absurdo no fue exclusivo de *Sud-América*; también *El Diario* y más tarde *La Nación* publicaron ambas graciosas columnas tituladas “Desde Córdoba” en las que Marcos Juárez fue diaria y mordazmente satirizado.⁵ *El Nacional*, por su parte, describió en una ocasión al Presidente Juárez Celman recibiendo gozoso un busto de oro con su propia imagen.⁶ Pero si el mundo de los hombres públicos de fines del siglo pasado fue pequeño, el mundo del periodismo fue más pequeño aún: *Sud-América* no sólo compartió su ubicación. En la calle Bolívar, una serie de publicaciones se alojaban en recintos convenientemente separados unos de otros a distancia de una pedrada. Frente a las oficinas e imprenta de *Sud-América* se albergaba *El Nacional*, e incómodamente al lado estaba *La Tribuna Nacional*.⁷ Lo que estas publicaciones tenían en común es lo que más adelante consideraremos como rasgos que hacen a la definición de un “diario político”. Como veremos, todas ellas se diferenciaban sustancialmente de los periódicos masivos del siglo XX y tampoco eran, como sus predecesores, meros panfletos políticos. Eran, en todo caso, un híbrido cuyas finanzas, personal, perspectivas de sobrevivencia e, incluso, estilo, estaban todos estrechamente ligados al sistema político mismo. Se puede clasificar a los periódicos como prensa política en razón de las cuatro características que mencionamos y que describiremos con más detalle más abajo. Nadie que los haya leído puede estar en desacuerdo con la clasificación que les otorga el censo municipal de 1887.⁸

Nos ocuparemos aquí de la prensa política porteña por la sola razón de que *Sud-América* se publicaba en Buenos Aires, ya que cada capital provincial podía jactarse de contar con por lo menos dos o tres diarios con finanzas, personal, posibilidades de vida y estilo similares a los de la capital, determinadas todas estas características por orientaciones políticas.

Carlos Pellegrini y Paul Groussac lanzaron *Sud-América* cuando la prensa argentina, al igual que el país, prosperaba rápidamente. Lo que no

significa que un diario político fuese entonces una buena inversión financiera. En 1884 la avidéz de noticias y el interés por la política eran abastecidos en Buenos Aires por diez diarios por lo menos. La competencia por las ventas en la calle era, pues, tan cruenta como la lucha por conseguir avisos.⁹ Si para los dos diarios de mayor circulación, *La Nación* y *La Prensa*, la vida no era muy precaria, para la mayoría de los otros diarios políticos, que tiraban cada mañana un promedio de 5.000 a 6.000 ejemplares, se hacía necesaria la obtención de un sustancial subsidio externo.¹⁰ Era tan caro fundar un diario político como hacerlo funcionar. Por lo común, como en el caso de *Sud-América*, se armaba una compañía y se conseguía financiación mediante la venta de acciones. Pellegrini reunió los 50.000 \$ m/n requeridos como capital inicial de *Sud-América* por medio de la venta de cincuenta acciones.¹¹ El número de estas últimas era en general pequeño, con el objeto de obtener una distribución limitada del derecho a voto. Otra forma de mantener reducido el derecho a voto en la decisión editorial, era la obtención de préstamos bancarios. De esta última manera es como Roca consiguió fundar *La Tribuna Nacional*.¹² Pero la mayor parte de la prensa política no podía acceder a este lujo; los costos eran tan altos que sin aumentos permanentes en la circulación o subsidios directos y continuos, los diarios no podían subsistir.

Siendo la fuente de subsidios la que generalmente proveía la línea política por seguir, los diarios no desaparecían hasta que la facción que los sostenía no lo hiciese primero. El caso de *La Tribuna Nacional* ilustra claramente esta dependencia financiera. En febrero y marzo de 1889 el diario de Roca fustigó a Juárez Celman a raíz de su intervención a la provincia de Mendoza y del cierre de la Bolsa. Juárez se vengó suspendiendo la suscripción ministerial a *La Tribuna Nacional*, de lo que resultó la liquidación inmediata del diario.¹³ Un año después, su antiguo editor, Agustín de Vedia, estimaba los costos de un diario equivalente en 12.000 \$ m/n.¹⁴ Los costos de *Sud-América* no deben haber sido muy diferentes. El tiraje inicial de 2.800 ejemplares aumentó al doble en 1887 cuando la influencia y la reputación del diario estaban en su apogeo. El costo por unidad era muy alto, pero la influencia política de Juárez aseguraba su existencia. Desde 1886

el diario podía no sólo descansar en sus suscripciones ministeriales sino también en la publicidad gubernamental que le conseguían Juárez, Wilde y Cárcano. A pesar de lo conveniente que debe haber sido este patrocinio, no parece haber sido suficiente. Sólo dos meses después de la revolución de julio, Rufino Varela Ortiz puso en venta a *Sud-América* con una deuda que ascendía a 18.000 \$ m/n.¹⁵ Si el objetivo de estos diarios hubiese sido alcanzar la autofinanciación o hacer dinero, entonces podría decirse que el éxito los eludió permanentemente.

Aunque los diarios políticos existían antes que nada para participar del debate político y para darlo a conocer, aparecían también en ellos otras especies en la forma de novelas en serie, cuentos, noticias sobre duelos y chismes sociales. Si bien estas incursiones sociales y literarias no estaban abiertamente subordinadas a la política editorial cotidiana, la renuncia a *Sud-América* del editor literario más talentoso de la República, a menos de un año de su aparición, muestra que tampoco eran indispensables. Groussac mismo no se hizo ilusiones al respecto: “en una conversación amistosa que tuve con Pellegrini... le había dejado entrever mi probable separación de *Sud-América: me hizo el honor de no disuadirme*”.¹⁶ Si alguien escribía bien o podía alardear de mejor pluma que la común, tanto mejor, pero el talento que realmente contaba para la empresa era político. Pellegrini perdió a Groussac; al poco tiempo ganó a un político empedernido, y además más afable, en la persona de J. Lalanne. El nuevo editor había deambulado sin empleo desde que el equipo editorial completo de *El Diario* renunció disgustado por la decisión de su propietario, Manuel Láinez, de apoyar la candidatura de Dardo Rocha a gobernador bonaerense.¹⁷ Ser periodista entonces, no consistía solamente en tener un empleo como tal: todavía no era aceptable que alguien se prostituyera por una causa a la que se oponía.

Trabajar en favor de los propios principios era, en parte, una consecuencia de lo que podría llamarse un mercado de vendedores de trabajo. En los ocho años que van desde 1887 hasta 1895, el total de diarios y revistas de la capital aumentó de 102 a 143.¹⁸ Los diarios políticos habían tenido ya una expansión extraordinaria antes de 1887. De los once diarios políticos que competían con *Sud-América* en ese año, más de la mitad habían aparecido

durante la presidencia de Roca.¹⁹ La expansión, por otra parte, hizo posible la entrada de recién llegados a posiciones claves dentro de los diarios y una consecuencia de esta tendencia llegó a convertirse en centro de atención cuando los vecinos de *Sud-América* en la calle Bolívar se volvieron contra Juárez en 1890.²⁰ Pero lo que la expansión facilitó sobre todo fue el movimiento de personal de un diario a otro, ya que la posibilidad de elegir exactamente lo que coincidía con los propios principios era cada vez mayor. El alto grado de compromiso del personal voluntario con la prensa política facilitaba, además, el intercambio de recursos entre los periódicos. Claro que esto último era también una consecuencia de las características específicas del empleo en el área de la prensa política.

El empleo en los diarios políticos era impredecible e inestable, sobre todo porque los periódicos mismos eran la expresión de la naturaleza inquieta de la política argentina. Un vuelco en el complejo nudo de alianzas y enemistades personales que comprendía a todo el elenco de la política argentina, requería generalmente un ajuste paralelo en la composición de la escena periodística. Los ajustes podían realizarse por medio de la liquidación de un diario, la creación de otros o la renuncia del personal. En este respecto, el impacto que tuvo la ruptura entre Roca y Juárez es ilustrativo. Juárez llegó al poder con tres diarios firmemente a su favor: *La Prensa*, *La Tribuna Nacional* y *Sud-América*. La desaparición de *La Tribuna Nacional* y la deserción de *La Prensa* de las filas juaristas en 1889, dejó a *Sud-América* sola y con gran necesidad de apoyo. Cuando apareció, *La Argentina* encarnaba fielmente la todavía confiada trayectoria juarista. Tenía recursos suficientes, se esperaba, para enfrentar no sólo a *La Prensa* sino también a *La Nación*.²¹ El ejemplo es importante: la escena política había sido sacudida por el inesperado surgimiento de una facción decidida a destruir la coalición de la que había nacido. El objetivo juarista era simplemente reemplazar la coalición. La lectura que se ofrecía diariamente a los porteños reflejaba este estado de cosas como un espejo. Mientras que en 1888 existían tres diarios unidos en una suerte de sociedad respetuosa y nominal, sólo uno de ellos, *Sud-América*, estaba bajo el firme control de los juaristas. Como el acceso a los otros dos se volvió cada vez más difícil

luego de 1888, los juaristas decidieron contestar a esta intransigencia con empecinamiento. Para 1890 ya habían reemplazado a unos de estos diarios por otro propio, dirigido explícitamente al público del anterior. La situación había cambiado: uno de los participantes de la alianza entre diarios estaba suplantando esta alianza por el control total.

La estrecha relación entre la política y la publicación de diarios que promovió el continuo movimiento de personal, incidió también en otra peculiaridad de la escena periodística de fines del siglo XX: la muerte temprana. Esta expectativa no concernía, sin embargo, sólo a los periódicos del tipo de *Sud-América*. De los 345 diarios y revistas registrados oficialmente en 1895, sólo algo más de la mitad sobrevivió al tercer año de vida. El *Censo* se lamentaba: “se ve que el fuerte número de publicaciones nuevas destinadas en gran parte a desaparecer, hace efímera la existencia, por lo menos, de la tercera parte de los periódicos que pueden contarse en un día cualquiera”.²² La preocupación de los estadísticos parece surgir de un cálculo con algunas bases erróneas. Una alta tasa de mortalidad infantil, nos dicen los demógrafos, es generalmente una consecuencia de una alta tasa de natalidad. En el caso de la publicación de periódicos, una alta tasa de natalidad parece más bien indicar salud: diversidad, experimentación, cambio. Como los diarios políticos de los que estamos hablando eran generalmente publicaciones de calidad, respaldadas por hombres acostumbrados a perder dinero en la empresa, resulta extraño que de los 12 diarios políticos de 1887 sólo tres hayan sobrevivido hasta 1895.²³ Todos estos diarios, por otra parte, sobrepasaron los tres primeros años de vida, lo que contradice la afirmación del censo según la cual una tercera parte de ellos debiera de haber sucumbido en ese lapso.²⁴ Los problemas de inexperiencia, finanzas inadecuadas o altos costos de producción que afectaban a las publicaciones en general, no parecen ser los responsables, en cambio, del ciclo vital de los diarios políticos. Es probable que los problemas financieros afectarían la publicación de los diarios hasta cierto punto, dando cuenta, quizá, del hecho de que tantas publicaciones periódicas registradas en 1895 no se llegasen a convertir en diarios. Pero no son ciertamente las finanzas las que explican por qué *Sud-América* tuvo que cerrar, como no explican

tampoco la desaparición de *La Tribuna Nacional* primero y luego su reaparición en 1891 durante uno de los momentos económicos más oscuros. *Sud-América* muere por Julio Costa, gobernador de Buenos Aires en 1891, deja de apoyarla y pasa a apoyar a *El Nacional* y a *El Censor*. Gil, director de *Sud-América* entonces, no estaba de acuerdo con la complicidad de Costa en el pacto entre Mitre y Roca a principios de 1891, y este desacuerdo le cuesta finalmente la pérdida de su diario.²⁵ *El Nacional* y *El Censor* tuvieron un momento de vacilación primero y finalmente cayeron poco después de que Costa fuera sacado de la gobernación de la provincia en 1893. Otro de los diarios, *La Patria*, se hundió junto con la suerte del general Lucio V. Mansilla, cuyo apoyo incondicional a Juárez lo había desacreditado ante los ojos de los militares de quienes había estado consiguiendo los subsidios para mantener el diario. Estos ejemplos confirman la idea de que, si bien es cierto que las restricciones financieras dificultaban el establecimiento de sustitutos de pareja calidad, la suerte de los diarios políticos dependía sobre todo de las vicisitudes de las facciones políticas que los publicaban. Si se quiere saber por qué de los doce diarios políticos de 1887 los tres sobrevivientes en 1895 son *La Tribuna Nacional*, *La Prensa* y *La Nación*, hay que buscar la respuesta en los nombres de Roca y Mitre.

Si las finanzas, el personal y, sobre todo, la esperanza de vida de los diarios políticos derivaban efectivamente de su dependencia de los círculos políticos que los controlaban, el estilo también derivaba de este mismo control. Las tareas que cumplían como portavoces de esos círculos políticos podrían dividirse entre permanentes e incidentales. Entre estas últimas estaba la de proveer lugares de reunión y centros de discusión convenientes. De las primeras, por un lado combatir y por el otro reflexionar, dependía el estilo. La esgrima entre el abuso y la defensa era su elemento básico y ningún otro instrumento político, aparte de la fuerza misma, era capaz de un efecto tan devastador. En diarios como *Sud-América* un joven escritor con ambiciones políticas encontraba exactamente su medio. Su tarea consistía en perfeccionar el arte del cabildeo político, leer toda la prensa matutina de la Capital, estar atento al chismerío sobre los grandes personajes y escribir agresivamente en una prosa de tono paternal. Los grandes

capitostes como *La Nación*, *El Nacional* y *El Diario*, aparecían todas las mañanas firmes en sus puestos callejeros. Un joven periodista de *Sud-América* no hubiera sido digno de su tiempo ni de su lugar si se hubiese privado del placer de hacerlos rezongar. *El Nacional* era “El Gran Fósil”; Del Valle, “el profeta de la moralcracia”; el doctor Alem tenía “toda su fuerza y su poder concentrados en esa pintoresca barba matizada de blanco y gris que adorna su interesante figura”.²⁶ El abuso y la causticidad eran los rasgos típicos del estilo de estos diarios entre 1880 y 1890, un estilo que surgía directamente de la necesidad de dividir a la oposición política. Lo suavizaba, sin embargo, otra necesidad que más que con la acción se relacionaba con el área más pausada de la reflexión.

El diario no sólo el portavoz sino también el foro de su facción política. Un artículo requería la aprobación de los varios comités editoriales antes de su publicación; si una idea era considerada suficientemente buena, se la repetía hasta que llegase a ser un punto central de una nueva línea política. *Sud-América* se desempeñó así respecto de los juaristas cuando los seguidores del presidente evaluaban las implicancias del continuo alejamiento entre éste y Roca, su mentor. Interpretaciones claras y razonables de las ideas juaristas sobre la República y sobre su propio lugar en el destino de aquélla, empezaron a aparecer regularmente durante 1888. El estilo del diario cambió radicalmente. Sutileza, persuasión, esperanza y razón llenaron columnas que habían tenido poco tiempo atrás un cariz totalmente diferente. *Sud-América* nunca logró, sin embargo, reconciliar totalmente estos dos caracteres; el guerrero y el pensador podían muchas veces surgir de una misma pluma, pero uno al lado del otro en la misma página del diario provocaba la sensación de que el pensador era deshonesto y el guerrero un farsante. La Prensa resolvía mucho mejor la dualidad embozando la firma de sus espadachines. De todos modos, los diarios políticos no podían hacer otra cosa que moverse en dos carriles al mismo tiempo. Esta contradicción se mantuvo durante un largo período (hasta la aparición de los diarios de circulación masiva) y subraya una vez más la condición subordinada de la publicación de diarios en la Argentina del siglo XIX. Si entendemos el término “diario” en el sentido moderno de una institución

autosuficiente y que determina por sí misma sus formas de financiación, su personal, su futuro y su estilo, entonces no existieron diarios en Buenos Aires por lo menos hasta el comienzo del nuevo siglo. Pero sí existieron diarios políticos, y *Sud-América* fue uno de ellos.

II

Una mañana de junio de 1889, un hombre ya olvidado caminaba por la calle Esmeralda. A mitad de cuadra, entre Lavalle y Tucumán, se detuvo; luego apuró el paso, se oyó un disparo y cayó muerto. Tres días después, *Sud-América* publicaba los tres primeros despachos sobre la Exposición Universal en París. El pabellón argentino había sido abierto con gran despliegue. En la misma página aparecía el obituario de López Jordán, el último caudillo provincial.²⁷ La nueva Argentina no gastaba lágrimas en un caudillo envejecido incapaz de cruzar sin inconvenientes una de las calles recién pavimentadas de la Capital.

Los tiempos habían cambiado; los hombres de 1880 que se habían preocupado porque así fuese estaban ahora en la capital francesa viendo que el cambio continuase. *Sud-América* imprimía orgullosa una oda a la moderna Buenos Aires: “vivir en la planta baja de una casa, antes lo más común, hoy no es chic. Ud. vive en el primer piso”.²⁸ Si este era un reflejo de París, las noticias que llenaban una buena parte del espacio de *Sud-América* venían directamente de París; cuando estas últimas no alcanzaban y quedaba espacio libre, se podía siempre volver a insistir con la adoración a Sarah Bernhardt o con la descripción meticulosa de los horrendos crímenes de Jack el Destripador.²⁹ Como lo hacían todos los diarios en Europa, *Sud-América* y el resto de los diarios porteños también se preguntaban: “¿dónde está Stanley ahora?”. Europa, al igual que la civilización, era una mercancía internacional: tenía que ser conocida antes de poder ser trasplantada correctamente. Cuando las historias europeas adecuadas eran escasas, sin embargo, buenas eran las locales si se las contaba en forma debida. Una cuestión de honor era tan argentina como progresista y los duelos, por lo

tanto, eran grandes favoritos de *Sud-América*, especialmente cuando los duelistas eran hombres de prensa.³⁰ Todo era tratado con la preocupación científica por el detalle, característica del mejor periodismo de la época, hasta los suicidios de jóvenes amantes. *Sud-América* consideró que la muerte del joven Samuel Núñez, hijo favorito de un concesionario del puerto, era un acontecimiento suficientemente notable como para ser tratado con ese celo: “se pega un tiro con la mano izquierda, pues era manco de la derecha, sobre la sien correspondiente, atravesando su cráneo la bala en una línea de tan perfecta rectitud que fue a clavarse el proyectil en la pared a la misma altura en que quedaba la cabeza atravesada”.³¹ La descripción es, por cierto, de una excelencia digna de exportación.

Contrariamente a lo que generalmente se cree, el espíritu de la década de 1880 no se distingue por el hecho de que sus hombres públicos consideraran los progresos materiales como sinónimo de la mejora de la condición humana. Este fue un supuesto común durante el siglo XIX en muchas partes del globo y ha sobrevivido junto al escepticismo de los tiempos modernos. Lo que, en cambio, realmente da a la década de 1880 en la Argentina su carácter distintivo, es la seguridad de que la civilización argentina era factible y de que, si se actuaba sabiamente, la historia argentina se convertiría en el simple relato del establecimiento progresivo de las condiciones morales y materiales necesarias en una república.

Cuando recordamos el pasado sombrío, la lenta gestación de las discordias y contiendas fraticidas, los tanteos, los tropiezos, el caudillaje bárbaro poniendo barreras al progreso —como si fuera posible ponerle barreras al mar— y nos fijamos en el espectáculo soberbio de la época presente, en esa oleada de juventud y adelantados que todo lo vivifica, vienen a la memoria los versos del cantor de la raza latina y en más de una ocasión el espíritu entusiasmado —ebrio de ese entusiasmo que es la fortuna de las almas generosas— lleva a los labios las caldeadas estrofas del poeta: ‘De pie para cantarla que es la patria, la patria bendecida’.³²

Todos los diarios políticos estaban llenos de fervor por esta década

extraordinaria, pero pocos se aproximaron a la chochera con que la trataba *Sud-América*. Porque *Sud-América* era como el perro de un dueño hambriento para quien “actuar sabiamente” era actuar con ambición y audacia. Si esto era glotonería, entonces los juaristas eran glotones de progreso. Pero, como los mismos juaristas, *Sud-América* reaccionaba ante los acontecimientos con la visión universalmente limitada de la vida cotidiana, es decir, sin la predicción de cómo la suma de la experiencia del presente se resolvería en un punto preciso del futuro. Por esta razón, una breve revisión de *Sud-América* debiera revelar no sólo los frutos que ofreció esta década espectacular tanto a los sobrios como a los delirantes, sino también descubrir a los juaristas tal como eran ante sus propios ojos, en su propia cronología, con el tiempo deslizándose en su acostumbrada dirección hacia adelante.

La historia de Juárez Celman es la historia de un fracaso. *Sud-América* la refiere en sus artículos de fondo –a veces publicados como editoriales y otras como contribuciones– en una versión que podría titularse simplemente “audacia”. Los constructores de esta versión, que apareció generalmente en artículos sin firma, fueron sin duda el jefe de redacción, J. V. Lalanne, y Rufino Varela Ortiz, este último llamado especialmente desde Córdoba (donde había reemplazado a Ramón Cárcano como secretario del gobernador) para ocupar la dirección del diario. Ni Lalanne ni Varela Ortiz pertenecían a la primera generación de juaristas activos en *Sud-América* responsable de haber volcado el diario, en 1885, en favor de la candidatura de Juárez Celman, ya que éstos, en 1887, ocupaban cargos de gran responsabilidad pública. Carlos Pellegrini era el vicepresidente de la República, Roque Sáenz Peña estaba preparándose para las conferencias sudamericanas, Lucio V. Mansilla era el líder juarista en el Congreso, Estanislao Zeballos estaba editando los anales de la Sociedad Rural. Algunos como Mansilla y Eduardo Wilde, continuaban colaborando con *Sud-América*, y también lo hacían otros menos conocidos como Antonio Crespo, Ricardo Font, José S. Gil, Guillermo Suffern. Pero el diario seguía manteniendo en 1887 la impronta que le dieron Pellegrini y Sáenz Peña. Dardo Rocha era el enemigo, Juárez Celman el regalo de Dios a la humanidad, las noticias sobre el hipódromo alcanzaban la importancia de editoriales y el fútbol

era sistemáticamente ignorado. Para 1891, era evidente, sin embargo, que un cambio se había gestado. José S. Gil, director del diario, trató de librarse de la responsabilidad del mismo buscándole una fecha de comienzo y concluyó que el “incondicionalismo”, tal el cambio, fue inventado en el banquete de la juventud juarista de 1889.³³ Es probable que Gil estuviese en lo cierto, pero su afirmación podía también inducir a error. “Incondicionalismo” fue un término acuñado por los partidarios juaristas para reforzar lazos de lealtad en un momento en que los ataques al presidente y su gobierno se multiplicaban. Estos ataques provenían de un grupo que se oponía al partido Autonomista Nacional, pero que estaba a la vez relacionado con él. Expresaban a un tiempo tanto el pánico como la impotencia que engendraba el éxito aplastante de la maquinaria juarista en los círculos que no se consideraban parte de ella. No había dudas: los juaristas habían cambiado. Todo comenzó a fines de 1887 como un intento consciente y deliberado de controlar el brazo político del gobierno nacional: el partido Autonomista Nacional. En *Sud-América* el control estaba en manos de esa segunda generación que durante los dos años y medio siguientes discutió y propagó lo que hoy se conoce como el “unicato”.

Lo que fundamentalmente diferenció al nuevo grupo en control de *Sud-América* fue su intensa simpatía hacia las provincias, y esto se tradujo en que desparramase sobre Buenos Aires un aire liberal firmemente soplado desde Córdoba. A fines de 1888 *Sud-América* hizo explícito que era “desde tierra adentro que se afanaban por borrar los antagonismos que los celos y veleidades de los pueblos del Interior y del Litoral encendieron entre la clásica Córdoba de los virreyes y la briosa Buenos Aires de la revolución”.³⁴ El liberalismo de la Argentina moderna tenía sus raíces profundas dentro del puerto, y por esta sencilla razón, el diario explicaba, sólo un hombre de origen provincial que profesara los principios liberales más avanzados estaba calificado para representar a todos los argentinos. El hombre era, por supuesto, Juárez Celman. Pero para *Sud-América* también podía llegar a serlo Ramón Cárcano. Joven y cordobés, había desatado en Córdoba, junto a Juárez Celman, el ataque nacional contra la Iglesia y llegó, justo en 1887, para hacerse cargo del Correo Central. *Sud-América* lo introdujo al

público por medio de cotidianos panegíricos publicados durante todo 1887, cuando el mismo Cárcano era el director del diario.³⁵ Fue Cárcano quien atrajo al diario a Rufino Varela Ortiz, a Osvaldo Magnasco, a Juan Balestra, a Pedro Pardo, a Juan Piaggio, quienes, entre otros que incluían a Juan Lalanne, Martín García Mérou y el olvidadizo José S. Gil, pasaron a formar el grupo que luego fue conocido como de los “incondicionales”. Más importante aún, fue Cárcano quien desde el Correo Central proveyó a *Sud-América* de un servicio de telégrafo virtualmente gratuito, por medio del cual el diario pudo, en 1888, proclamar orgullosamente la formación de una nueva máquina política.

Sud-América procedió a vender el juarismo en tres formas. Primero creó lo que efectivamente resultó un generador de entusiasmo y que tomó la forma de un foro solidario. Esto se debió más que nada al trabajo de Cárcano, a quien parece que se le hubiera dado el cargo en el Correo específicamente para ese fin. El trabajo consistía en la coordinación de células, repartidas por toda la república, que incluían a individuos localmente importantes y cuya misión consistía en reunirse como en un club, imprimir menús en francés, comer tantos platos como pudiesen, llenar sus copas con champagne, beber por la gloria eterna de Juárez Celman, el jefe único, y transmitir los discursos, resoluciones y listas de socios a *Sud-América* para la edición del día siguiente por el servicio telegráfico especial. A fines de 1888, Cárcano había desarrollado en el Correo un arma política tan efectiva como lo muestran las resmas de adhesiones a la causa juarista que desbordaban las columnas de *Sud-América*.³⁶ En segundo lugar, *Sud-América* desarrolló lo que podría llamarse la “teoría juarista del gobierno”, basada en dos principios complementarios. El primero consistía en la explicitación de una interpretación muy pragmática de la Constitución. “La Constitución argentina ha señalado bien terminantemente cuáles son las relaciones entre los Gobernadores y el Presidente de la República, estableciendo que *ellos son los agentes del Gobierno Federal...*”³⁷ En otras palabras, los gobernadores debían ser considerados como miembros menores del Poder Ejecutivo; si no estaban de acuerdo con la línea de este último, perdían su protección y, evidentemente, también su legitimidad constitucional. Este principio era complementado por otro,

igualmente pragmático, que al ser lanzado por *Sud-América* en 1887 marcó el comienzo de la influencia cordobesa dentro del diario. Sostenía que el candidato presidencial de un partido es lógica y naturalmente su jefe en cada elección y que, al llegar al poder, no pierde este carácter.³⁸ Siendo el presidente el jefe de su partido y los gobernadores sus agentes oficiales, en la Argentina el gobierno sólo puede funcionar si los gobernadores son los aliados políticos del presidente. En función de un buen gobierno y una administración adecuada, parecía crucial entonces que los disidentes abandonaran sus puestos en favor de la unida y gran familia juarista. Conocida generalmente como el “unicato”, esta teoría fue creada para justificar el hecho político más importante desde la federalización de Buenos Aires: la ruptura entre Juárez Celman y Roca. La tercera versión del juarismo en *Sud-América* fue una audaz aplicación de su teoría sobre el gobierno al problema de un ex presidente joven, ambicioso y desocupado.

Las más de las veces un hombre, un caudillo, avasalla las multitudes, las seduce, las domina y las agrupa. Aquí no hay conservadores, aquí no hay Whigs y Tories, aquí no hay republicanos y demócratas; nos llamamos sucesiva y alternativamente alsinistas, mitristas, roquistas, rochistas, juaristas, etc.³⁹

Los partidos, entendidos como instituciones cuya identidad trasciende las sumas de sus miembros no existían, según *Sud-América*, en la Argentina. Un partido político argentino era, más bien, nada más que los elementos que lo formaban.

Los principios no transmitían su carácter a un partido porque el amplio acuerdo sobre principios que caracterizaba la vida pública en 1880 no lo permitía.

“No hay antagonismos entre los propósitos de su antecesor (Juárez) y los suyos; pero hay una diferencia radical entre las situaciones en que uno y otro Presidente han gobernado y, sobre todo, entre los elementos con que uno y el otro han podido contar para utilizarlos en sus gobiernos respectivos.”⁴⁰

El reemplazo de Roca por Juárez en la presidencia requirió a su vez la disolución automática del partido del primero y su reemplazo por uno nuevo. Esto no implicó ni un cambio de políticas ni un ajuste de principios. Fue simplemente la única forma lógica en que un presidente en ejercicio condujera la política como un vencedor en su propia ley.

El Partido que reconoció como jefe al General Roca, ya no existe. Lo reemplazó el Partido Nacional –nombre con que por primera vez lo designó el Dr. Juárez Celman al aceptar su candidatura en Buenos Aires– y que, por tanto, es perfectamente lógico que le reconozca a éste como jefe.⁴¹

La manera en que *Sud-América* trató a Roca, fue a la vez franca e ingeniosa. La idea conductora era su convicción de que los principios no contaban para nada. Roca estaba ahora fuera del gobierno. Su máquina política, tanto en las provincias como en la Capital, había sido, de acuerdo con la teoría del unicazo, la máquina del gobierno y en la misma medida el partido de Roca. Al ser reemplazado por Juárez, esta máquina se volvió no sólo redundante sino también un obstáculo potencial para el desarrollo de un buen gobierno. Juárez estaba entonces justificado al dismantelar lo que Roca había montado y, para hacerlo, era esencial que reemplazase también a Roca como jefe de partido. La inundación de telegramas mandados por Cárcano desde su puesto de combate en el Correo era otra manera de decir que si esta lógica no era convincente, Juárez, de todas maneras, tenía los apoyos políticos de su parte. *Sud-América* hizo pública entonces una prolija terna: un caso, una justificación y el apoyo numérico.

1888 y 1889 fueron años cumbre para los juaristas de *Sud-América*. Dinero y contribuyentes eran fáciles de encontrar mientras el continuo éxito político del presidente y sus seguidores daban al diario la energía cada vez más escasa, en cambio, en la prensa en general. En 1890, por el contrario, *Sud-América* declinó tanto en la calidad como en su tono general. Esto se debió, en parte, a la confusión creciente dentro de las filas del gobierno provocada por la suba de precio del oro y la preocupación por el futuro económico del Estado. *Sud-América* sufrió también por la aparición de

un nuevo diario juarista, *La Argentina*, que comenzó a competir por los escritores, los chismes y el dinero. Se acomodó a la nueva situación especializándose en fragmentar a la oposición (ahora la Unión Cívica) y cediéndole al nuevo diario su antigua misión de formar la línea juarista. El resultado fue un declinamiento gradual de su estilo, su alcance y la calidad de sus contribuciones. Para julio de 1890, *Sud-América* tenía poco que ver con lo que había sido sólo un año antes cuando las causeries del jueves de Mansilla estaban en boca de toda la ciudad y cuando los círculos políticos quedaban boquiabiertos ante cualquier movimiento juarista.⁴² Se podría decir que poco se perdió cuando la revolución de 1890 obligó a los ahora humildes “incondicionales” a vender. Pero en octubre de ese año, cuando José S. Gil compró el diario a Rufino Varela Ortiz, por un breve período volvió a retomar su energía. Detrás de Gil estaba el dinero de La Plata, el rincón sobreviviente más fuerte entre los simpatizantes juaristas.⁴³ Allí, Julio Costa estaba fortificando su vulnerable posición de gobernador juarista dentro de lo que era ahora una escena política acentuadamente anti-juarista. Su Partido Provincial se formó a fines de 1890 para minimizar la influencia de Roca en el litoral. *El Nacional*, *El Censor* y *Sud-América* apoyaron a Costa desde principios de 1891, apoyo que demuestra la rapidez con que Costa fue capaz de organizar los recursos.⁴⁴ Sin embargo, se vio obligado a apoyar, aunque sea formalmente, el nuevo acuerdo entre Roca y Mitre. A fines de 1891, el éxito de Costa en reagrupar los elementos juaristas del litoral bajo la bandera modernista fue suficiente para romper el acuerdo; pero pareciera que para Gil una alianza con Roca era indispensable, aunque fuese formal.

Gil rompió con Costa a principios de 1891. Desde entonces, *Sud-América*, ahora firmemente en las manos de la Unión Cívica Radical, comenzó a trastabillar. Su impresión se volvió descuidada y difícil de leer; aquello que resultaba legible sonaba a panfleto revolucionario, muy chillón y muy paranoico. Pellegrini debe haberle hecho un favor a sus lectores cerrando el diario bastante antes de las elecciones de 1892, pero este acto también sugiere que Pellegrini compartía con los radicales la tendencia a hacer alharaca, ya que con la excepción de los extractos de la obra de Jackal, *El*

secreto de la Revolución de Julio, Sud-América no produjo mucho más que una reflexión del revés que Gil parecía estar sufriendo a causa de Costa. En agosto de 1892 el esfuerzo para financiar el diario fue demasiado para Gil, quien fue reemplazado por Guillermo J. Suffern, uno de los editoriales de la época temeraria de 1887. Suffern, sin embargo, no demostró tener mayor inclinación por el duelo ni por la discreción. Inmediatamente publicó un ataque personal en contra del juez Angel Pizarro; un error, se diría, ya que después del 3 de setiembre de 1892 *Sud-América* nunca reapareció para explicar por qué.

III

Parecería razonable ubicarse en la época. Si los hombres públicos de las décadas de 1880 y 1890 emplearon en el periodismo el mismo tiempo que dedicaron a sus deberes parlamentarios, es posible que fuese porque observaban hacia la prensa el mismo respeto que tenían por su labor en el Congreso.⁴⁵ Roca, Mitre, Juárez, Costa, Roque Sáenz Peña y Del Valle, difícilmente hubiesen derrochado dinero, tiempo y reflexión en sus respectivos diarios políticos, si no hubiesen respetado los resultados a conseguir por este medio. La naturalidad con que un político se dedicaba a la publicación de diarios, parece indicar que estos hombres basaban sus acciones y creencias en intereses más amplios que los puramente personales, económicos o de clase. También sugiere que los políticos valoraban tanto a la opinión pública como para voluntariamente someterse a su juicio. Más aún, esta ligazón entre la política y la prensa hacían de la política un asunto mucho más público que el que generalmente se sugiere. Hay razones para sostener una interpretación de la prensa como un componente clave del sistema político anterior al fin de siglo, es mucho más ajustada históricamente que las interpretaciones que ignoran este hecho.

Sería quizá abrumador extenderse aquí con detalles sobre las ideas que siguen, pero un esbozo de ellas quizá sirva para estimular las dudas sobre ciertas formas corrientes de entender cómo se organizaba la gente en la

Argentina de cien años atrás. Lo primero que vamos a mencionar no debería necesitar ninguna explicación, salvo que en general lo más obvio es lo más frecuentemente ignorado. La Argentina en 1880 era una creación muy reciente. La independencia política se había ganado en la primera parte del siglo a un costo que vino a resultar en el colapso institucional. A lo largo de un período de sesenta años, que terminó alrededor del principio de la década de 1870, nada funcionó correctamente en la joven república.⁴⁶ Las constituciones eran proclamadas e inmediatamente ignoradas. El dinero, emitido y recelado. Los presupuestos propuestos y sacrificados. Las rutas coloniales se deterioraban y las fronteras se acercaban. Se puede celebrar la relativa estabilidad de 1880, pero esto no debe hacer olvidar los casi setenta años que necesitó la Argentina para fijar exitosamente sus límites. No había mucho más de que estar orgulloso. Más aún, mientras que el pasado le dio a la comunidad una serie de razones para sentirse atemorizada, le dio, en cambio, poca ayuda institucional para tranquilizar esos temores.⁴⁷ El tiempo adquirió así un enorme valor. No había nada en la Argentina del pasado que sugiriese que estaba suficientemente distante de la del presente.

El sentimiento de que un pasado profundamente temido estaba agazapado tras la última curva, yacía en la base de otro rasgo distintivo de la joven república: el acuerdo sobre los objetivos a alcanzar que caracterizó tanto el pensamiento como la política argentinos. La ausencia de debate ideológico en la política fue señalada, como hemos visto, por contemporáneos tales como los escritores de *Sud-América*. Escritores posteriores creyeron ver en esa ausencia un síntoma de un sistema político pervertido que excluía la participación de individuos de creencias opuestas.⁴⁸ Sería pretencioso asegurar dónde está la verdad, pero sí podemos señalar aquello sobre lo que sí estaba de acuerdo todo el mundo. Es casi indudable que los argentinos a fines del siglo XIX estaban básicamente de acuerdo sobre la relevancia de las pautas liberales para la sociedad. Esta es una observación tan trivial como decir que el liberalismo en la Argentina fue influyente a fines del siglo XIX; tan obvio como repetir que dominaba todas las áreas de la civilización occidental en el mismo período.⁴⁹ El liberalismo no constituía

simplemente una de las filosofías en pugna con otras alternativas igualmente válidas. Para los hombres de 1880 era el pensamiento de la civilización, el demiurgo del mundo moderno, y era todo lo que existía. En sus formas de 1880, el socialismo y el anarquismo eran más un reflejo de lo que pensaban ciertos inmigrantes llegados a la Argentina que respuestas a las condiciones a la vida en este país.⁵⁰ Como la existencia de Dios, los derechos económicos y sociales de los individuos basados en los que llamamos liberalismo se daban simplemente por sentados. Pero la existencia de la república no.

Hay una gran diferencia entre un acuerdo sobre principios y un acuerdo sobre objetivos. En la década de 1880 el primero se refería a la conducta, el segundo a la construcción. Lo que confiere originalidad al acuerdo de la política argentina de este período, es que sus hombres compartieron una visión dinámica de la sociedad argentina, mientras que en el resto del mundo liberal se limitó solamente a un plano más mecánico. La república fue el fin creativo de 1880, tanto como lo había sido en 1852. La política no fue una simple escaramuza por el poder: fue sobre todo el camino hacia la realización de la idea republicana. Asociándola con la educación (en sí misma una institución política dinámica), a la política se le asignó el rol de la creación eventual de una civilización sudamericana y, sobre este objetivo, no existe ninguna evidencia de que hubiese mucha discrepancia.⁵¹ La idea del cambio ya estaba contenida en la Constitución argentina de 1853.⁵² Los años transcurridos hasta 1880 reforzaron la urgencia de distanciarse del pasado lo más posible. Una simple razón humana, el temor, transformó esta necesidad de la república en una verdadera obsesión.

La velocidad del cambio, el énfasis en el progreso, la importación de capital y trabajo, la esperanza de una mejora racial y la alta prioridad conferida a la educación, son todos elementos de la vida argentina posterior a 1880 que confirman el carácter dinámico de la política mencionada. Lo que generalmente se olvida, sin embargo, es la cualidad idealista de este rasgo que se basaba en la creencia de que la creación del hombre republicano era esencial y posible. En 1910 los educadores en el gobierno publicaban con sabiduría convencional:

La incultura general de la Población, al ser la causa propicia que motivó el tipo del caudillo, dio la base para el sistema federal que se impuso a la nacionalidad, pero lo subvirtió fundamentalmente... El federalismo requiere, ante todo, la disciplina; los yankees la tienen porque vienen de aquellos puritanos inflexibles y ásperos sometidos en la mayoría de los actos de la vida a ese *self control*, base fundamental de la disciplina mental, moral, social y material...⁵³

Esta era la verdadera tarea: la formación del hombre republicano argentino responsable y civilizado. Se requerían para esta tarea dos pares de herramientas: doctrina y práctica, educación y estrategias. Dada la ausencia de una división ideológica entre los argentinos de 1880, se podía esperar que una prensa libre supliera ambos tipos de herramientas. Por esta razón, y con la excepción de algunos períodos preelectorales cortos, se la dejó generalmente actuar en libertad.

El Segundo Censo Nacional de 1895 es revelador con respecto al lugar que ocupaba la prensa. Según esta fuente, el periodismo encabeza la lista de los rubros reunidos bajo el título "Instrucción Pública".⁵⁴ En el Censo Municipal inmediatamente anterior es aún más explícito: "Existe en Buenos Aires verdadero periodismo, libre e independiente, con escritores bien preparados que lo dirigen. Aquí, lo mismo que en Inglaterra puede sostenerse que la prensa periódica, por la influencia que ejerce en las costumbres y en el gobierno, es el cuarto poder del Estado".⁵⁵ Las referencias a Inglaterra aquí y a los Estados Unidos más arriba no son accidentales, ni tampoco fue la Argentina el único país que tomó a estos dos países como modelos, porque, acertados o no, los hombres de 1880 consideraron a la fuerza civilizadora que veían en estas dos sociedades del Norte como sinónimo de una conducta y una opinión ciudadana responsable, nacional e informada.⁵⁶ La opinión pública era la cuarta fuerza del Estado; sin ella y sin su vocero, la prensa, el gobierno era posible pero la república democrática no lo era.⁵⁷ La prensa tenía un doble rol que jugar: por un lado, el efecto acumulativo que con el tiempo debía formar una ciudadanía activa; por el otro, constituir un foro en el cual la opinión pública encontrase su genuino

representante. Una prensa libre no era una mera decoración moderna inventada por los *dandies* liberales del siglo pasado. Lo mismo podría decirse del acto de votar, y aquí está realmente el nudo de la cuestión. Un voto podía ser revelador de un estado de opinión o no, dependiendo del modo en que se emitía. No había nada de creativo ni de dinámico en él mismo. Por cierto que los abusos que invariablemente lo acompañaron, tanto antes como después de 1880, sugieren que era visto como un medio de participación mucho más débil y menos significativo. La prensa libre, en cambio, era el símbolo de un compromiso decididamente más profundo y fundamental con la idea de una república democrática en su sentido más clásico.

¿Cómo debería ser reconstruida entonces nuestra interpretación de la política argentina de fin del siglo pasado? ¿Contenía la prensa del momento algo más que promesas sobre el porvenir? Hay razones para convencerse de que la prensa realmente llenaba las funciones que se proyectaban sobre ella. Sabemos que existía un número extraordinario de publicaciones. También hemos visto que el panfleto político y el diario coexistían en esa suerte de amalgama que describimos aquí como prensa política. Sabemos que los diarios partidarios, profundamente críticos de los hombres en el poder, eran libres de publicar lo que actualmente sería considerado calumnia o libelo. ¿Pero qué pasaba con la opinión pública? ¿Puede argüirse que en las décadas de 1880 y 1890 existían realmente los controles al ansia de poder que hubiesen satisfecho algunas de las tendencias idealistas del pensamiento argentino de la época? Lo que pasa luego de la caída de Juárez Celman es especialmente ilustrativo. Es difícil imaginar a Roca trabajando exitosamente para conseguir la renuncia de Juárez sin el trasfondo de opinión que preparó la prensa porteña en los meses anteriores. Es igualmente difícil ver a esa preparación como otra cosa que la expresión de la humillación porteña ante lo que se consideraba en Buenos Aires como el manipuleo cordobés del poder.⁵⁸ Del mismo modo, es difícil explicar el resultado de las elecciones de 1892 sin tener en cuenta el papel crítico que jugó la opinión pública. Esta puede haber sido una voz tan selecta como se quiera, pero fue el público políticamente educado el que impuso sobre Roca y Mitre la humillante solución de Luis Sáenz Peña. Estos avezados

políticos fueron totalmente cercados por las diferencias que empezaron a aparecer entre sus seguidores, diferencias que los mantuvieron respectivamente neutrales y que volvieron imposible su unión. Lo inadecuado de la solución en la forma de un hombre viejo, titubeante y cansado, cuya única ventaja era la de ser el padre de Roque Sáenz Peña, revela la fuerza del control del público sobre las ambiciones políticas del momento. En esto, la prensa, que había explicitado detalladamente cualquier intento de Roca o Mitre para repetir el triunfo político de Juárez, jugó un rol crítico.⁵⁹ Los votos, por otra parte, no hicieron más que formalizar luego el equilibrio que impuso la opinión pública interesada.

Podría tener quizá sentido componer la imagen de la política argentina en este período según otro tipo de enfoques. Nosotros insistiremos aquí sobre los siguientes puntos: 1880 no fue para los hombres que vivieron esa década más que un comienzo; la construcción de la civilización argentina fue para ellos inspirada por una inseguridad real proveniente del pasado; “civilización” significaba la incorporación dentro de la Argentina de un cuerpo de opinión pública necesaria para asegurar su sobrevivencia; la idea de una prensa libre fue considerada sacrosanta por su valor simbólico; la existencia de una prensa libre protegida así, aseguró la práctica cotidiana de la opinión pública; la prensa fue tan exitosa en articular una expresión política amplia, que puede ser considerada, al menos en este período, como un componente clave de un ideal democrático en funcionamiento. Para decirlo más sencillamente: la política argentina de los últimos años del siglo XIX se desarrolló en un sistema tridimensional. El Gobierno, la Prensa y la Opinión pública pudieron regular y ordenar lo que retrospectivamente aparece como un sistema generalmente provechoso de discurrir político y que perduró durante por lo menos tres décadas vigorosas. Había sin duda en *Sud-América* mucho más que lo que se puede creer a simple vista.

- 1 *Sud-América* publicó su primera edición el (5/5/1884); su último número salió de la imprenta el (3/9/1892).
- 2 La Argentina pudo haber aspirado al mismo status si hubiese durado más de cuatro meses.
- 3 La lista del personal periodístico inicial de *Sud-América* parece un “Quién es quien” de los años 80 y 90. Véase Groussac, Paul, (1972, pp. 66-7; 215-9).
- 4 *Sud-América*, (4/3/1891). Todas las referencias sobre diarios son tomadas de la página editorial.
- 5 *La Nación*, ediciones del mes de abril, 1889.
- 6 *El Nacional*, (4/5/1889).
- 7 Rivero Astengo; A. (1941, II, p. 96).
- 8 A los fines de la definición he seleccionado como diarios políticos aquellos diarios clasificados en el Censo de la Capital Federal del 15 de septiembre de 1887, II, pp. 545-6, como “publicación política y noticiosa”. Ellos son: *El Nacional*, *La Prensa*, *La Nación*, *La Razón*, *La Patria*, *El Diario*, *La Tribuna Nacional*, *La Unión*, *El Porteño*, *Sud-América*, *Fíguro* y *El Censor*. Incluyo también a aquellos aparecidos entre 1887 y antes de 1895 que comprenden: *El Tiempo*, *El Argentino*, *La Tribuna*, *La Voz de la Iglesia* y *El Diarito*; véase Segundo Censo Nacional, mayo de 1895, III, pp. 46-54. *La Voz de la Iglesia* no figura entre las publicaciones “políticas” en 1887, pero sí en 1895. Esto parece razonable ya que desde 1895 este diario pasa a recoger de *La Unión* el rol de principal vocero de la Iglesia, mientras que en 1887 y antes, su circulación de sólo 800 ejemplares lo hacía demasiado insignificante. El Diarito ha sido incluido porque estaba tan obsesionado por la política como cualquiera de los clasificados en esa categoría. *La Argentina* es uno de los diarios que no menciona ninguno de los dos censos, pero debe ser incluido en esta lista. Estos 18 diarios eran publicados diariamente en idioma español.
- 9 *Censo de la Capital Federal*, (1887, II, pp. 545-6).
- 10 Ibídem *La Prensa* y *La Nación* proclamaban una circulación de 18.000 cada uno en 1887. *El Diario* tiraba alrededor de 12.500, un número al que *El Nacional* estaba probablemente cercano. *La Patria*, *La Tribuna Nacional*, *La Unión*, *Sud-América*, *Fíguro*, *La Razón* y *El Censor* vendían entre 3.500 y 6.500 copias diarias.
- 11 Rivero Astengo; A. (1941, II, p. 96).
- 12 de Vedia a Roca, A., (3/12/1890), AGN, Archivo Roca, leg. 61.
- 13 *Sud-América*, (28/3/1889); *El Nacional*, (28/3/1889); ver también las últimas ediciones de *La Tribuna Nacional*.
- 14 de Vedia a Roca, A., (3/12/1890), AGN, Archivo Roca, leg. 61.
- 15 Varela Ortiz R. a Juárez Celman, M., (8/10/1890), AGN Archivo Juárez Celman 30/5577.
- 16 Groussac, P. (1972, p. 217) el subrayado es del original.
- 17 *Sud-América*, (30/6/1891), artículo de José S. Gil. Fue Gil quien invitó a Lalané a *Sud-América*.
- 18 *Censo de la Ciudad de Buenos Aires*, (1887, II, p.545); *Segundo Censo Nacional*, (1895, III, p. XXIV).

- 19 *Censo de la Ciudad de Buenos Aires*, (1887, II, p.545).
- 20 Véase *Sud-América*, (9/4/1890).
- 21 *La Argentina* fue lanzada con pretensión. Aunque al principio salía diariamente con sólo cuatro páginas, éstas eran enormes; en realidad, contenía dos veces el espacio de *Sud-América*, lo que lo ubicó en la categoría de los dos diarios de gran circulación. Su servicio de cables de Europa, Estados Unidos y América Latina era parejo al de estos dos diarios.
- 22 *Segundo Censo Nacional*, (1895, III, p. XVIII). 159 diarios y revistas fueron clasificados como cumpliendo su primer, segundo o tercer año de publicación.
- 23 *Censo de la Ciudad de Buenos Aires*, (1887, II, p. 545); *Segundo Censo Nacional*, (1895, III, pp. 46-9). *La Tribuna* está contada como uno de los sobrevivientes.
- 24 *Sud-América* duró nueve años, *El Censor* apenas algo más; en 1887 *El Nacional* cumplía 35 años de vida, *La Razón*, 12, *La Patria*, 9, *La Tribuna Nacional*, 7, *El Diario*, 6, *La Unión* y *El Porteño*, 5 y *Fígaro*, 3.
- 25 Véase *Sud-América*, (30/3/1891).
- 26 *Sud-América*, (13/6/1889), *Sud-América*, (8/5/1889), *Sud-América* (24/7/1890).
- 27 *Sud-América*, (22/6/1889), *Sud-América*, (25/6/1889).
- 28 *Sud-América*, (1/11/1888).
- 29 *Sud-América*, (3/9/1887).
- 30 Véase *Sud-América*, (12/12/1888). Pedro Pardo, secretario privado de Juárez Celman y colaborador de *Sud-América*, cambió ocho disparos con Eugenio Garzón, uno de los editores de *El Nacional*, luego que Garzón se negase a retractarse de un ataque dirigido a Pardo. Felizmente, la policía intervino antes de que se efectuase un disparo más certero.
- 31 *Sud-América*, (5/11/1888).
- 32 *Sud-América*, (23/8/1887).
- 33 *Sud-América*, (30/6/1891).
- 34 *Sud-América*, (14/11/1888).
- 35 Véase, *Sud-América*, (18/8/1877).
- 36 La campaña del telégrafo comenzó a armarse en octubre. Para enero de 1889 estaba en su apogeo. Véase *Sud-América*, (24/12/1888), *Sud-América*, (28/12/1888) y los números de enero de 1889.
- 37 *Sud-América*, (18/5/1889). El subrayado es del autor.
- 38 *Sud-América*, (10/12/1887).
- 39 *Sud-América*, (5/11/1888).
- 40 *Ibidem*, Véase también *Sud-América*, (18/5/1889).
- 41 *Ibidem*.
- 42 Lucio V. Mansilla publicó su columna en *Sud-América* cada jueves bajo el título *Causeries del jueves*. El estilo de Mansilla se volvió tan popular que su columna fue publicada en cinco volúmenes, el primero de los cuales apareció en 1889, Véase Mansilla, Lucio V. (1963).
- 43 Varela Ortiz R. a Juárez Celman, M., (8/10/1890).

- 44 J. Lalanne, antiguo director de *Sud-América* fue brevemente apoyado por Costa para hacerse cargo de *El Nacional*. Como Gil, dejó de apoyar a Costa cuando este último se volvió partidario del acuerdo entre Roca y Mitre. Véase *Sud-América*, (23/3/1891), *Sud-América*, (24/3/1891).
- 45 Para una encantadora descripción de la vida de Pellegrini durante 1884 y 1885, véase Groussac, (1972, p. 216).
- 46 La fecha precisa de terminación de este período depende del criterio que se emplee. La presidencia de Sarmiento y el fin de la guerra con Paraguay parecen satisfactorios, sobre todo porque es en este momento cuando empiezan a desaparecer las distracciones características del período posterior a la Independencia (particularmente los obstáculos diplomáticos y geográficos). Los efectos económicos de estas distracciones pueden comprobarse en *El Banco de la Nación en su Cincuentenario*, (1941), Banco de la Nación, Buenos Aires; los geográficos en Cortes Conde, R.: (1968, abril-junio, v. XVIII); y los constitucionales en Botana, N., (1977).
- 47 Tan polémico como pueda ser, el *Facundo* de Sarmiento sigue siendo el comentario clásico de la segunda mitad del siglo XIX. La introducción de Pellegrini al libro de Martínez y Lewandowski: *The Argentine in the Twentieth Century*, capta con agudeza la ambivalencia de la década de 1880, cuando una nueva certeza de que el pasado iba quedando atrás se mezclaba con las advertencias para evitar que jamás volviese.
- 48 La exposición más conocida de este punto de vista puede verse en Romero, J. L. (1963, pp. 184-204). McGann mismo lo vuelve a repetir en (1957).
- 49 Véase Carlton J. Hayes, A (1941). La “historia nacional” le ha hecho en este aspecto un flaco servicio a la historiografía argentina, al computar un abrumador sentido de singularidad en áreas donde la Argentina se estaba moviendo parejamente con sus mentores culturales y políticos. Una comparación con Australia mostraría que esto puede ser extendido de los mentores a los competidores.
- 50 Es pertinente citar aquí el ejemplo de Germán Lallemand y el de la composición e intereses de su club de inmigrantes, Vorwärts. Tal es el caso de la insignificancia del pensamiento socialista en la Argentina hasta 1900 que el *Censo* proclama como descubrimiento la existencia de periódicos socialistas y anarquistas (véase *Segundo Censo Nacional*, 1895, III, p. XVII). A uno le queda la impresión de que la fama de Lallemand está basada en el interés de autores actuales más que en el grado de notoriedad que tanto él como Vorwärts lograron alcanzar entre sus contemporáneos. Véase Ratzer, J., “Germán Ave Lallemand”, en J. Godio (ed.) (1974, pp. 111-21).
- 51 El debate ideológico más importante, que tuvo lugar entre 1880 y 1900, fue el que giró en torno a las relaciones de la Iglesia y el Estado en 1883 y 1886.
- 52 Véase Botana, N., (1977, pp. 45-7).
- 53 Ramos, Juan, (comp.), (1910, I, pp. 468-9).
- 54 *Segundo Censo Nacional*, (1895, III, p. XVII).
- 55 *Censo de la Ciudad de Buenos Aires*, (1887, I, p. 52).
- 56 *La Colonia de Victoria*, en Australia, tuvo pretensiones parejas a las argentinas. Véase Davison, G. (1978, pp. 229-46).

- 57 La “opinión pública” era entonces algo muy diferente de las medidas cuantitativas actuales que hoy miden “opinión”. El “público” debe ser entendido como un antónimo no menos políticamente interesado que la “turba”. Véase Sarmiento, (v. XXXIX, pp. 89, 125, 142-4 y especialmente 322-3), *Obras Completas*, Buenos Aires. La “república democrática” era la forma en que ese “público” se gobernaría idealmente a sí mismo.
- 58 Zorraquín Becú, H. (1960). Zorraquín Becú es el único historiador de la Revolución del 90 que trata de explicar por qué la revolución tuvo lugar en Buenos Aires. Hace hincapié en que la Unión Cívica era un movimiento porteño.
- 59 Véase *El Nacional*, (24/11/1891), y especialmente (10/12/1891) y (29/12/1891).

Bibliografía

- Botana, N. (1977): *El orden conservador. La política argentina entre 1880 y 1916*, Buenos Aires: Sudamericana.
- Carlton J. Hayes, A. (1941): *Generation of Materialism, 1871-1900*, New York: Harper & Row.
- Censo de la Ciudad de Buenos Aires*, (1887, I - II).
- Cortés Conde, R. (1968): *Algunos rasgos de la expansión territorial en Argentina en la segunda mitad del siglo XIX, Desarrollo Económico*, (abril-junio).
- Davison, G. (1978): *The Rise and Fall of Marvelous Melbourne, Melbourne: M.U.P.*
- El Banco de la Nación en su Cincuentenario*, (1941), Buenos Aires: Banco de la Nación.
- Groussac, Paul (1972): *Los que pasaban*, Buenos Aires: Huemul.
- Mansilla, Lucio V. (1963): *Entre-nos, Causeries del jueves*, Buenos Aires: Hachette.
- McGann (1957): *Argentina, the United States and the Inter-American System*, Cambridge, Mass.
- Ramos, Juan (comp.) (1910): *Historia de la Instrucción Primaria en la República Argentina, 1810-1910*, Consejo Nacional de Educación, Buenos Aires: Peuser.
- Ratzer, J., “Germán Ave Lallemand”, en J. Godio (ed.) (1974): *La Revolución del 90*, Buenos Aires: Granica.
- Rivero Astengo, A. (1941, v. II): *Pellegrini, 1846-1906*, Buenos Aires: Jockey Club.
- Romero, J. L. (1963): *A History of Argentine Political Thought*, trad. T. McGann, Stamford University Press, Stamford.
- Segundo Censo Nacional*, (1895).
- Zorraquín Becú, H. (1960): “La Revolución del 90”, en *Cuatro Revoluciones Argentinas (1890-1930-1943-1955)*, Ediciones del C.N.A.